

"Campesinismo" torroellense

Escribe Antonio Pastor Foraster

Para el que se afana en buscar, zambulléndose en el silogismo de los días, la metáfora negativa que encuadra la vertiginosa vida de ahora, forzosamente sufrirá un tremendo desencanto si se asoma a la paz rural de Torroella, limpia de «ismos» y de nieblas que afectan al espíritu para mostrarse naturalmente campesina. De ese «campesinismo» feroz, a ultranza, la noble Villa ampurdanesa saca su mejor jugo, porque, contra lo que muchos se creen, no está montado sobre el poder denunciador del surco de la tierra ni hilvanado en la fragancia hortícola de sus fecundos y ubérrimos campos. El «campesinismo» torroellense no es un típico «slogan» que ha fabricado a sus espaldas la ciudad para marcar supremacía ni para tejer un desprecio, sino que fluye de ese espíritu extraordinariamente señorial; de un estilo payés caballeresco, semifeudal, con orgullo de estirpe y de manso, de castillo y de cultura que el viajero que visita por vez primera la población, lee en la sobrecoyectora antigüedad de sus muros, saturados de historia y de hidalguía.

El desencanto en Torroella, para el que viene de la urbe, es, más bien, una trayectoria emocional que aumenta progresivamente fundando una idea de sorpresa i de *estupor*. La Villa se convierte en mito, en leyenda, en diorama al que se van sumando los ricos valores de la historia, de lo tradicional y de lo folklórico, creando clima; un clima que transporta a los estratos de la lírica y que embarga por completo el sentimiento. Uno se encuentra desplazado, abochornado de tanta luz que ilumina, de golpe, los paisajes, y narra las secuencias de estas piedras, heráldica sempiterna de un país de tanta prosapia añeja, vinculado al flujo y reflujo de las guerras, al poder real de la Corona aragonesa y siempre al socaire de un laborar industrioso que va del taller artesano y menestral a la liberalidad del campo y de la mar, teorema de espacios y de ritmos que ha vertebrado y puesto yugo con el discurrir del tiempo. Torroella da sensación de algo mucho más profundo en el avatar de cada día, y, por ende, el «campesinismo» se nos ofrece servido en alambique. Las gotas de su néctar saben a la heterogénea gama de gustos diferentes, pero su «bouquet» contiene un sello particular y característico que lo diferencia, en absoluto, del «campesinismo» general y vulgar que todos conocemos. Hay algo en la solera de sus calles y sus plazas, en la arquitectura de sus templos y sus bélicos



muros, en la aristocracia de sus casas «pairales» y palacios, que la apartan y separan del recto uniformismo de las demás poblaciones. Es el espíritu vivo del calendario de la historia que vaga y divaga por su fuero y que se prodiga en el alma de sus hijos; haciéndolos totalmente diferentes. Tal vez es pura utopía; tal vez no será verdad, pero en Torroella claman los secretos mandatos de todos sus fantasmas, y sus noches, todo y ser maravillosas, son de brujas y aquelarre, de viejas consejas y de trasgos que la vuelven medieval.

La villa es también alegre compendio de tenora y de «pubilla», de sardana y de bullicio que se refleja en sus jornadas de gloriosa Fiesta Mayor.

Tierra de artistas, de capitanes y poetas, de músicos... y de payeses que han aireado por los rumbos del mundo, el espíritu venerable y tenso de su «campesinismo» feroz.